

# ENLACE

## Detrás de un gran hombre... Hay trabajo no remunerado

AÑO 8/ No. 127/ 30-06-2021

La mujer ha entrado en el mercado de trabajo,  
Pero el hombre no ha entrado en la casa en la misma medida.  
Katrine Marcal

La escena se repite una y otra vez, una pareja encuentra a un amigo o amiga, se presentan, y como si nos hubieran programado algo parecido a un halago automático para esas situaciones, se espeta un adagio popular de sobra conocido: “detrás de un gran hombre hay una gran mujer”. La sentencia parecería un cumplido, no sólo al hombre, sino también a la mujer que lo acompaña, sin embargo, esconde una forma de desigualdad que hemos normalizado a través del amor romántico: el trabajo no remunerado en el hogar.

A estas alturas tenemos que reconocer los avances logrados en materia de igualdad sustantiva; al menos en el ámbito político se ha conseguido que las leyes vigentes en

nuestro país obliguen a los partidos y a los órganos electorales que exista paridad en todo, lo cual no es un logro menor, considerando que los partidos políticos invierten poco en la capacitación de las mujeres. Sin embargo, los espacios que podemos considerar privados siguen siendo una trinchera de desigualdad, donde el patriarcado mantiene cautivas a las mujeres, desde esa lógica, es necesario señalar que lo personal es político. Sobre esa desigualdad y el trabajo no remunerado en el hogar versará el presente ensayo.

### **La economía no tiene rostro de mujer**

La narrativa predominante sugiere que las mujeres empezaron a trabajar recientemente, no hace falta apuntar

que el discurso dominante soslaya la participación de las mujeres en las labores domésticas, también en trabajos como el cuidado de los enfermos, los ancianos y la educación de los niños, es decir, lo que sugiere esa narrativa es completamente falso:

Lo que ha ocurrido en las últimas décadas es que las mujeres han cambiado de trabajo. Han pasado de trabajar en el hogar a ocupar puestos en el mercado laboral, comenzando a recibir una remuneración por su esfuerzo. Han pasado de trabajar como enfermeras, cuidadoras, profesoras y secretarías a competir con los hombres en calidad de médicas, abogadas y biólogas marinas. (Marcal, 2017; 16)

Lo que sucede con ese discurso no es casualidad, en realidad se trata de un entramado discursivo que tiene consecuencias en ámbitos tan variados como la vida política, económica, familiar, sexual, educativa y laboral de las mujeres. Su exclusión no se debe a falta de capacidades como algunos misóginos sostendrían, es más, un argumento con ese pilar no

sería sostenible ni mucho menos explotable por parte del sistema capitalista. La potencia del discurso está en la división amor-egoísmo y sobre esa dicotomía está fundada nuestra ciencia económica. Según Katrine Marcal (2017), la economía ha sido definida como una ciencia que busca la preservación del amor, sin embargo, el amor es un bien escaso que no puede ser arriesgado ni despilfarrado, por ello, si intentamos ponerlo en el centro de la economía, su impulso terminaría pronto y no podríamos utilizarlo en la vida privada. Fue el economista Adam Smith quien sugirió que el motor de la economía tendría que ser entonces el egoísmo, escribió que “no de la benevolencia del carnicero, del cervecero y del panadero, sino de sus miras al interés propio, es de quien esperamos y debemos esperar nuestro alimento” (Citado en Marcal, 2017; 20)

Aquí es donde entra en juego la educación patriarcal y las feministas lo han señalado claramente, no se puede hacer un análisis del sistema patriarcal sin vincularlo con el sistema capitalista, uno y otro están ligados, uno y otro se reproducen y, en muchas

ocasiones se protegen. Bajo esa lógica, si el motor de la economía es el egoísmo, entonces son los hombres los encargados de suministrar el combustible necesario a este modelo económico, es a ellos a quienes se les permite deliberadamente actuar bajo la lógica del interés propio. Las mujeres, en cambio, son las guardianas del amor, del bien escaso que debemos mantener en el ámbito de lo privado si queremos que no se agote.

Ahora bien, a través de los roles sobre lo masculino y femenino se nos ha enseñado que ese amor se manifiesta en la realización de las tareas domésticas y el cuidado de los otros, vulnerables o no, y, como no puede equipararse al egoísmo, entonces no necesita ser remunerado. En otras palabras, la lógica que deslegitima las labores dentro del hogar señala que ese trabajo que las mujeres realizan no busca producir valor, como sí lo hace el obrero que fabrica calzado o ensambla automóviles, su objetivo, en todo caso es más “sublime” que el obtener recursos, está centrado en la preservación de lo más importante que es el amor.

Estas condiciones han propiciado que la desigualdad salarial entre hombres y mujeres se mantenga como una constante, a pesar de la preparación que adquieren las últimas para competir en el mercado laboral, la brecha salarial no disminuye lo suficiente como para hablar de condiciones de igualdad. Esto empeora a finales del siglo XIX:

Con la introducción del salario familiar, del salario obrero masculino, que se multiplica entre 1860 y la primera década del siglo XX, es que las mujeres que trabajaban en las fábricas son rechazadas y enviadas a casa, de modo que el trabajo doméstico se convierte en su actividad primaria y se vuelven económicamente dependientes. (Federici, 2018; 18)

Son estos cambios en el salario lo que permitió que los varones se convirtieran en proveedores y sustento de sus familias, pero nada de eso hubiera sido posible sin ser “liberados” del trabajo en el hogar. El discurso desde el poder económico y político es lo que las mujeres enfrentan hoy en día, hay avances,

pero las tareas domésticas parecen mantenerse exentas de los cambios sustanciales que reclaman los movimientos sociales del siglo XXI, en otras palabras, la mujer sigue cautiva en el espacio privado.

### **Cautiverios-Madresposas**

Desde hace años las mujeres se han convertido en el sujeto revolucionario de la historia, así como el proletariado lo fue en la tesis marxista, hoy son los movimientos feministas los que dan forma a una gran cantidad de demandas sociales. Asistir a una marcha feminista es verse envuelto en una energía que exige pensar muchos de los problemas sociales a los que nos enfrentamos, problemas que van desde la violencia feminicida, hasta la desigualdad social, pasando por la democracia paritaria, la desigualdad salarial, el aborto, el rol de la mujer en casa, y un largo etcétera.

Gracias a esa organización colectiva es que se ha avanzado en el diseño de un andamiaje institucional y jurídico que busca que las mujeres vivan una vida libre de violencia y en condiciones de igualdad sustantiva, sin embargo, eso no se traduce en cambios en otros

ámbitos de la vida cotidiana, por ejemplo, en el hogar. Ahí donde podemos hablar de cotidianidad, la división sexual del trabajo no ha sufrido modificaciones sustanciales; cuando pensamos en trabajo doméstico inmediatamente se asume que corresponde a las mujeres, como señala Silvia Federici (2018), “como feministas y como mujeres hemos luchado contra la naturalización de la femineidad a la que se le asignan tareas y formas de ser, comportamientos, todo impuesto como algo <<natural>>. Esa naturalización cumple una función esencial de sometimiento.” (12)

En otras palabras, la lucha feminista busca (entre otras cosas) que esas tareas que se le han asignado a las mujeres a lo largo de la historia y que cumplen una función vital en la sociedad en general y en la economía en particular, dejen de verse como algo natural y sean explicadas como una construcción social, que puede modificarse, porque la consecuencia es que no son reconocidas como trabajo, sino como virtudes, es decir, se piensa que el trabajo de las mujeres en el hogar o como cuidadoras es una cualidad que no produce valor y por lo

tanto no merece una remuneración, pero no hay nada más alejado de la realidad, según el INEGI (2020), “el Valor Económico Total del Trabajo No Remunerado de los Hogares se integra por: el valor económico del trabajo no remunerado en labores domésticas y de cuidados, la producción de bienes de autoconsumo y por las labores realizadas por niños entre 5 y 11 años”, bajo esa lógica, y siguiendo con datos de INEGI, “en el periodo de 2008 a 2019 el valor de las actividades no remuneradas domésticas y de cuidados pasaron de una participación equivalente al 19.3% del PIB nacional en el primer año a 22.8% al concluir el periodo”. En términos de dinero, el trabajo no remunerado en los hogares del país representa 5.6 billones de pesos.

A esta “entrega” que hacen las mujeres, y que según el mito del amor romántico se hace de manera voluntaria y consciente, Marcela Lagarde le llama “cautiverios”, entendiendo que son expresiones políticas y culturales de sus condiciones de vida frente a un modelo patriarcal y “se concreta en la relación específica de las mujeres con

el poder, y se caracteriza por la privación de la libertad, por la opresión” (2019; 60).

Cuando pensamos en cautiverio imaginamos un encierro, como si se tratara de una cárcel, es difícil repasar el concepto sin vincularlo con la explotación o la esclavitud, por ello es necesario acotar que el término explica desde lo simbólico, a las mujeres no se les ha encerrado (no en todos los casos, aunque existen historias de horror al respecto), sin embargo, como apunta Lagarde, se les ha privado de su capacidad vital para tomar decisiones sobre sí mismas. No es necesario ir lejos, basta con revisar lo que ocurre con el tema del aborto, no sólo en México sino en el mundo, las mujeres no tienen libertad plena de decidir sobre su cuerpo. Bajo esa lógica es que Marcela Lagarde ha construido una especie de arquetipos o tipos ideales que explican los espacios discursivos en los que se ha encerrado a las mujeres. No es tema de este espacio mencionar todos, por lo que me enfocaré en el de madresposas.

Cada individuo desde que nace se educa para que cumpla con roles

sociales previamente establecidos, así, a los varones se les enseña que serán los proveedores del hogar, también, sin decirlo de forma explícita se les enseña que su sexualidad o la forma en la que son llamados en sociedad no depende de las relaciones que tienen con las mujeres; “los hombres no lloran” es quizás una de las sentencias que más escuchan o escuchaban los niños, en cambio, para las mujeres es diferente:

Al nacer, la mujer tiene ya una marca histórica del género en su situación particular. La sociedad está organizada para estos fines con el objeto de lograr una sexualidad específica destinada a recrear formas específicas de procreación y de erotismo, así como relaciones de poder caracterizadas por la asimetría, la desigualdad y la opresión genérica patriarcal. (2019; 68)

Sobre esa asimetría reproducida de generación en generación y magnificada por los medios de comunicación y, en muchas veces, en los planteles de enseñanza educativa, es que está construido el andamiaje de nuestra sociedad, esa, entre

muchas otras cosas, ha dificultado la modificación en las relaciones de poder que se presentan al interior de los hogares y como señalé anteriormente, ese espacio se convierte en trinchera del patriarcado.

Ahora bien, ¿qué entiende Lagarde por una madresposa?, ¿basta con señalar una relación de poder basada en la maternidad y un estatus jurídico como el matrimonio? Ella misma lo explica en “Los cautiverios de las mujeres”:

Ser madresposa es un cautiverio construido en torno a dos definiciones esenciales, positivas de las mujeres: su sexualidad procreadora, y su dependencia vital de *los otros* por medio de la maternidad, la filialidad y la conyugalidad. Este cautiverio es el paradigma positivo de la feminidad y da vida a las madresposas, es decir, a todas las mujeres más allá de la realización normativa reconocida culturalmente como maternidad y conyugalidad. (2019; 62)

De esta forma la mujer es educada para que su trabajo no sea valorado

como tal, sino que se presenta como una extensión del amor que debe tener por su familia; no es casual que el feminismo apunte a terminar con esa idea del amor romántico, entre otras cosas, porque sin estas ideas reproducidas socialmente, los varones tendrían la responsabilidad de hacerse cargo de las labores domésticas.

### **Consideraciones finales**

La narrativa predominante que exige que las mujeres se mantengan en casa, atiendan a los enfermos y eduquen a los niños, considerando sus labores como voluntariado en lugar de trabajo que debe ser remunerado debe terminar. Como dice Silvia Federici, “la casa y la familia son también un centro de producción: ahí se produce fuerza de trabajo” (Federici, 2018; 20). Negarlo tiene repercusiones políticas de desigualdad y en muchas ocasiones de violencia en contra de las mujeres.

Quienes niegan que el trabajo que se realiza dentro del hogar merece una remuneración, son aquellos que se benefician de ese trabajo, se olvidan de que en la historia del capitalismo y

ahora en su forma neoliberal, el salario juega un papel importante en la creación de jerarquías sociales (Federici, 2018). La individualidad que nos vende el mercado, la exigencia de buscar una superación a partir del esfuerzo individual se opone notablemente a la lógica patriarcal que obliga a que las mujeres tengan jornadas dobles de trabajo, compitiendo en condiciones de desigualdad y con salarios que están por debajo de los que reciben sus pares varones. Es importante cambiar la narrativa y decirlo claramente, en muchas ocasiones, detrás de un hombre exitoso en el ámbito político, académico, laboral, etcétera hay horas de trabajo no remunerado que realizan las mujeres; sin entender que los discursos se traducen en acciones o peor, en políticas públicas, el camino para alcanzar la igualdad sustantiva todavía será largo y sinuoso.

### **Bibliografía**

- Federici, Silvia (2018). El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo. México, Traficantes de sueños.
- Marcal, Katrine (2017). ¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?

Una historia de las mujeres y la economía. México, Debate.

- Lagarde, Marcela (2019). Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas. México, Siglo XXI.
- INEGI (2020). Cuenta Satélite del Trabajo No Remunerado de los Hogares de México, 2019. (Disponible en línea, en <https://www.inegi.org.mx/app/saladeprensa/noticia.html?id=6159>)